

Nacida del barro



El edificio de donde actualmente funciona la Secretaría de Cultura, ex Banco Hipotecario.



Nuevo auditorium en el Centro Cívico.

VIENE DE PÁGINA 2

quier documento aislado resultaría largamente insuficiente para describir la compleja trama de relaciones de esta ciudad, inmersa de lleno en la posmodernidad.

Al trabajar las últimas décadas no se ha pretendido abarcar la totalidad de elementos culturales, sociales, políticos o tecnológicos que hoy podrían definir y conformar la ciudad del presente. Se han continuado visualizando aquellos factores o articuladores que, a lo largo de la historia de la ciudad, han permitido evidenciar el proceso de cambios y transformaciones y que se prolongan en el presente, aunque ya no sean tan exclusivos ni tan determinantes como otrora.

Es natural que el hecho de ser actores cambie la dimensión del juicio crítico, pero creemos que también es bueno dar testimonio del tiempo que nos tocó vivir. Por ello, en esta última etapa se ha despersonalizado, a propósito, las iniciativas urbanas más contemporáneas, en un intento de tomar perspectiva histórica de aquellos protagonistas a quienes conocemos y frecuentamos. Al contrario de lo que hicimos para los períodos precedentes, creemos que para lo contemporáneo lo más prudente, más que señalar quién intervino, promovió, o proyectó tal o cual obra, es el dar cuenta de lo hecho.

Los libros son como nuestros hijos, hacen su propia vida, aunque sus trayectorias, tal vez, no sean como las previmos. Pero ello también nos devuelve la posibilidad de mirarlos moverse y asentarse en territorios que no habíamos imaginado. En efecto, este libro ha tenido una recepción y trascendencia más allá del campo de especialistas que uno podría haber supuesto inicialmente. Tal interés, estaría dado por el hecho de ser la primera historia urbana de Mendoza o por que hablar de la ciudad de uno siempre conmueve o moviliza. Por éstas u otras razones, o por esos imponderables, que no nos cabe juzgar, este libro se ha trans-

formado en una referencia para Mendoza.

Mendoza, aquella ciudad de barro ha devenido, sin haberlo pretendido, en un vocero oficioso de la ciudad por el mundo, al haber sido utilizado por las autoridades municipales como portavoz institucional y esto ha sido muy bueno para este libro, poder trascender las fronteras del país y llegar a muchísimas bibliotecas del mundo: oficiales, universitarias, escolares y particulares. Esta "Historia de una ciudad andina desde el siglo XVI hasta nuestros días" se ha convertido en un libro de consulta y

Históricamente, Mendoza nunca fue denominada o categorizada como aldea, aunque hoy existan quienes, por razones poéticas, les guste evocarla como tal.

de estudio en campos tales como: educación, historia, geografía, arqueología, arquitectura, turismo, ciencias sociales, etc. Pero, ha sido el común de la gente quien más se ha entusiasmado con la reseña de ésta -su ciudad- a pesar del prejuicio de pensar que a los argentinos no les interesa su historia. Alejados de los grandes centros de producción editorial, de difusión y de consumo, no es frecuente que un libro de estas características o con esta temática tenga que ser reeditado porque la demanda así lo justifica.

Históricamente, Mendoza nunca fue denominada o categorizada como aldea, aunque hoy existan quienes, por razones poéticas, les guste evocarla como tal. Tampoco ha sido el caso de un caserío que fue creciendo y un día adquirió el rango de capital. Nació con la jerarquía de ciudad y jamás olvidó ni permitió que los demás desdenaran que lo era,

aunque cuando -a causa del terremoto destructor- estuviera hecha añicos en el piso. Por eso interpretamos a aquel viajero alemán que en 1860, poco antes de la catástrofe, calificó a Mendoza como: "con apariencia de gran ciudad y cierta solemne dignidad" juicio que nos permitiríamos parafrasear apuntando que se trataría de una dignidad urbana que ha logrado sostener desde siempre.

Tampoco es Mendoza una ciudad circunscripta a un espacio formal que puede ser mayor o menor, según la entendamos en su espacio histórico o en su delimitación administrativa actual. Es, sobre todo, un espacio simbólico que desborda sus límites político-administrativos tradicionales para constituirse en el modelo testimonial del actual Área Metropolitana. Le ocurre lo que a las grandes aglomeraciones del mundo: se constituyen en referentes del imaginario colectivo, necesario para todo un territorio, entendido éste por el espacio, sus habitantes y el devenir del tiempo. Así interpretado, todos viviríamos en Mendoza, aunque no lo hagamos exactamente dentro de sus límites jurídicos y esta memoria urbana y social no sería, desde esta visión, sólo la crónica de la ciudad o del Departamento de Capital, sino la de todos los mendocinos: vivan más allá o más acá del Zanjón...

Las ciudades y las sociedades se modernizan y transforman por su propia dinámica social. Si en este proceso inevitable podemos sostener y acrecentar sus rasgos patrimoniales, aquellos que le han sido propios y característicos, estaríamos construyendo no sólo nuestra urbandad sino, al mismo tiempo, nuestra identidad.

La primera edición de este libro tuvo un estupendo, reflexivo y vigente prólogo que hiciera el Dr. Arturo A. Roig; escrito que, con su anuencia, hemos rescatado para esta segunda edición. Por otra parte, este prefacio inicial nos ha resultado útil para poder efectuar algunas reflexiones teóricas y conceptuales, a partir de lo que ya habíamos hecho -el estudio profundo de un caso- acerca de cómo concebimos el abordaje de la historia urbana; el cómo y por qué habíamos construido nuestro objeto de estudio, cuáles habían sido sus alcances e implicancias, etc.

Para finalizar esta exposición preliminar quisiera hacer hincapié en un capítulo emblemático, el cual, no por azar, ha dado nombre a este libro. Me refiero al denominado: El apogeo de la Ciudad de Barro [1764-1861]. Cuando uno se entera que a una ciudad la ha destruido un terremoto no alcanza a sopesar lo que ese sismo ha echado por tierra. Es como cuando muere, en un accidente, una familia a quien no conocemos. No nos sentimos involucrados en su destino.

La tecnología digital usada como herramienta nos ha permitido, en esta parte del libro, componer un "in crescendo" sensible, algo musical en la composición visual y narrativa de este capítulo. Es como si los edificios se hubieran transformado en instrumentos y, éstos empezaran a presentarse, por aquí, por allá y tocar una melodía como solistas; con el fin que los vayamos conociendo, distinguiendo y valorando.

Para lograr este efecto, y a falta de otros documentos precisos, hemos de-construido digitalmente [recurso que también he-

mos utilizado en otros capítulos] las tres únicas y famosas litografías de la ciudad previa a la catástrofe; como si éstas fueran rompecabezas y alguien los desarmara y barajara sus piezas entre la narración. Así, empezamos a ver con mejor foco, tal o cual templo, tal o cual fachada. Podemos fijar la atención sobre el detalle de la calle de la Cañada: ¿Cómo era su perfil, su escala, su relación con la plaza que tenía enfrente? etc. De esta forma, nos entreabrimos a conocer, y a hacernos conocidos de la arquitectura de Mendoza; la empezamos a ver más monumental de lo que imaginábamos o de lo que nos habían contado. Después de todo... No había sido una seguidilla de ranchos...

Comenzamos también a entender y a reconocer el hoy denominado: "sky line" (perfil de una ciudad en el horizonte) de Mendoza recordada sobre las montañas, como en esas mañanas diáfanas que los mendocinos tanto valoramos y cuando la precordillera parece estar allí... al alcance de nuestros dedos.

El final del capítulo -a toda orquesta visual- es la presentación de las litografías originales, con el solo de algún instrumento-edificio-detalle, como complemento para recordar el "leitmotivo" del capítulo. Sólo así, con las tres orquestas (las tres litografías) conducidas por sus tres directores (los autores de los dibujos) tocando a pleno (a página completa) podemos darnos una idea más cabal de todo lo que se perdió aquella noche trágica de 1861, cuando un sismo, de las decenas que se sienten en Mendoza por año, esa vez, no fue sólo un temblor pasajero.

Los mendocinos tenemos un timing especial con los temblo-

res. Sabemos cuánto deben durar para no entrar en pánico. El de aquel 20 de marzo de 1861 no cesaba... y se debe haber sentido interminable. Precisamente, esa era la señal de que no se trataba de un temblor más. Estaba sobreviniendo un terremoto.

Toda la música escuchada, toda la arquitectura vista, toda la imagen y la materialidad de una ciudad afanosamente construida a lo largo de tres siglos habrían de desmoronarse en cuestión de minutos como un castillo de naipes. Esta catástrofe material se suma a la pérdida de más de dos tercios de su población. A la mañana del día siguiente -ese 21 de marzo de 1861- en Mendoza reinaba el silencio y la zozobra.

Pese a los sombríos augurios y frente al conmovedor testimonio de los sobrevivientes y de ese cúmulo de ruinas de lo que había sido una ciudad: Mendoza, a diferencia de otros casos dramáticos de re-localización, decidió reconstruirse allí mismo y a sí misma. Eso sí, como pudo y como supo.

Y, como si entre aquellos escombros hubiésemos rescatado, llenas de polvo, las hojas de la partitura musical-visual de esta ciudad; hoy, a casi ciento cincuenta años de la tragedia y a 446 de su fundación, volvemos a evocar-ejecutar la melodía de esa ciudad malograda, para que Ud. la conozca o, tal vez, la rememore...

Una amiga escritora me dijo, en cierta oportunidad, que una ciudad alcanza la dignidad de tal cuando -ella misma o su imaginario social- crea a alguien capaz de reconstruirla en un relato y contar su historia. Si este cometido nos implica, abrigamos la esperanza de -con esta obra- haber contribuido a tal misión.

Publicidad luminosa en la vía pública

La fotografía de la derecha muestra una columna de publicidad de un centenar que estaban diseminadas por el microcentro; hechas en hormigón armado pre-moldeado que, a partir de 1953 y hasta bien entrados los años '60 existieron en la ciudad Capital.

Poseían un estilo "art decó" tardío que se vinculaba a las formas y diseño de la mayoría de los cines argentinos de la época, cuando la cinematografía hacía furor en el país, las décadas del '40 y del '50. Por otro lado, la publicidad gráfica de las revistas norteamericanas de postguerra, tales como "Life", "Esquire", magazines que difundían, por entonces, una nueva estética visual que este sistema de publicidad recogía y re-contextualizaba con éxito en el medio.

Sobre la Avda. San Martín se ubicaban 78 columnas, sobre Avda. Las Heras 38, sobre calle San Juan 28, sobre calle 9 de Julio 32 y sobre otras calles secundarias 24 columnas más, totalizando un conjunto de 100. Estaban ubicadas exactamente en los ángulos de las esquinas de las calles y representaban, de manera alegórica, a una figura antropomórfica con un globo luminoso semejando una cabeza y con dos brazos a 90°, de los cuales colgaban sendas pantallas luminosas de 0,70m por 0,90m, hechas con un armazón metálica y revestidas con vi-



Antigua columna de publicidad.



Un afiche vendimial.

drios, tratados éstos de manera tal, de poder aplicar una fotografía sobre ellos. Estas imágenes fotográficas eran pintadas con pinturas especiales e iluminadas por detrás, para ser vistas de noche. En la parte superior de los brazos laterales se indicaba, con una flecha metálica, la dirección de marcha de la calle y la numeración de las esquinas. El globo de vidrio superior, que se encendía de noche, colaboraba con la iluminación de la esquina donde se emplazaba.

Estas columnas de 2,80 m de altura hasta las pantallas y 3,50 m hasta el borde superior pertenecían a la Municipalidad de la Capital y la explotación comercial de este sistema de pu-

blicidad estaba concesionada por 10 años a un particular el que debía pagar un canon anual por el servicio.

Tal fue la consubstanciación de este sistema publicitario con la ciudad de Mendoza, que el mismo sirvió de inspiración para el afiche de la Fiesta Nacional de la Vendimia de 1962, como puede verse en la foto de la derecha adjunta. Cuando la concesión de la explotación caducó, la Municipalidad de la Capital, en vez de conservar el sistema, que ya se había consubstanciado con la idiosincrasia de los mendocinos, demolió todas las columnas y este mobiliario ciudadano, que podría haber sido un patrimonio urbano a conservar, tal como en otras ciu-

dades son los portales de ingreso al Metro de París o las cabinas telefónicas de Londres, etc., se perdió irremediablemente en una ciudad que no pensaba en términos de memoria urbana y donde "lo conservador" que dicen que la caracteriza, se refiere sólo a cuestiones políticas y a estructuras mentales demodé.

Un boceto de la imagen del afiche, de autoría de Arnoldo Márquez, nos ha sido facilitado por el periodista Ariel Sevilla, a quien agradecemos su gentileza. Al respecto, él nos acota:

"El concepto del afiche recurre a un dicho muy popular en la época: "de Mendoza vengo... qué pedo tengo". Era muy usual emplear como ícono el borrachito mendocino, que fue común en las fiestas de otros años y que, desde hace algún tiempo, en función de mejorar el prestigio del vino, se ha erradicado."

No solamente no se conservaron las columnas de publicidad, sino que tampoco se conservó el afiche vendimial que la evocaba. De éste sólo ha perdurado la imagen que agregamos. El afiche cuya foto adjuntamos fue publicado el 24 de febrero de 1962, día de la fiesta central, a toda página en el diario Los Andes. Como curiosidad señalamos que, el dibujo original decía: "Visite Mendoza" y el afiche definitivo dirá: "Viva Mendoza".



Edificio Playas Serranas al tiempo de su inauguración.